

Ayuda exterior

–Deje paso, vejestorio. –Se hizo a un lado lentamente y observó al glóbulo rojo adelantarle por el estrecho capilar. Esas células eran vulgares y chanchulleras. Ni siquiera tenían núcleo, pero miraban al resto con un aire de superioridad, y sólo porque tenían el monopolio del transporte de oxígeno, “¡vaya atajo de mafiosas!”, pensó. No como él. Él era un honorable linfocito, un soldado del mismísimo sistema inmune. Ahora mismo se encontraba en mitad de una misión desesperante. Tenían indicios de que en el organismo se ocultaban patógenos invasores. Rastreaban y rastreaban, pero sin el más mínimo resultado. Tanta búsqueda infructuosa estaba acabando con él. Siempre andaba cansado y hasta estaba perdiendo agilidad. Por detrás le alcanzó otro linfocito.

–Hola, amigo, vengo del pulmón derecho y allí no había ni rastro de bacterias enemigas. No sé dónde demonios se esconden. –Este linfocito pertenecía a otra unidad del sistema inmune, era un linfocito B. Los linfocitos B eran capaces de reconocer bacterias invasoras y dar la voz de alarma para atacarlas. El resto de células los consideraban auténticos héroes. Él, por el contrario, era un linfocito T. A nadie le gustaban los linfocitos T, su labor era mucho menos agradable. Detectaban células defectuosas, infectadas con virus o cancerígenas. Y acababan con ellas antes de que pusieran en peligro al resto. Era un trabajo necesario, se decía, pero a nadie le gustan los verdugos.

En mitad de una vena del pulmón izquierdo, se les acercó una pequeña célula.

–¿Has visto alguna bacteria? –le preguntó su compañero con anhelo.

–No, señor. Pero... –Se giró hacia el linfocito T–. En realidad, vengo a hablar con usted. –La voz le temblaba, pero parecía decidida–. Esta mañana... he encontrado esto entre mis proteínas. No es mía. –Él miró la proteína que le enseñaba la célula y no tuvo duda alguna, era una proteína del virus de la gripe–. Señor, creo que estoy infectada, noto cómo esos malditos virus se están aprovechando de mí para reproducirse. Al principio no quería venir, pero no podría soportar que otras se contagiasen por mi culpa. La supervivencia del organismo está por encima de nuestras insignificantes vidas. –repetió la pequeña como un mantra, antes de tenderle una temblorosa mano al linfocito.

Tuvieron que sacrificar a decenas de células pulmonares antes de asegurarse por completo de que no quedaban virus. Cuando terminaron, se sentía abatido y agotado.

–¿Estás bien, compañero? –le preguntó otro linfocito T. Estaba a punto de contestar que sólo necesitaba descansar unos segundos cuando se fijó en una proteína de su membrana. No era suya. El otro linfocito también la estaba mirando. Aquello sólo podía significar una cosa. Ahora entendía por qué se sentía tan cansado y torpe.

–Es... no es del virus de la gripe, ¿verdad? –le preguntó su compañero.

Él negó con la cabeza. Ambos sabían de qué se trataba. Sólo había un virus especializado en infectar a las células del sistema inmune. El VIH.

–¿Qué vamos a hacer? No sabes desde cuándo lo tienes, a estas alturas has podido contagiar a cientos de nosotros. Y si caemos, si cae el sistema inmune, dejaremos al organismo totalmente indefenso. Estamos sentenciados. No queda esperanza.

–Siempre hay esperanza. –El linfocito T esbozó una sonrisa cansada–. Quizás haya una última posibilidad. Todavía podría llegar ayuda del exterior. Escucha, amigo –añadió al ver la cara de incertidumbre de su compañero–, ¿has oído hablar de la ciencia?